

Los dieciséis árboles del Somme, Lars Mytting

(Barcelona, Círculo de Lectores, 2017)

Aun así, cuando estaba en la casa pequeña, de cuando en cuando mis padres salían de las sombras. Una vez encontré un disco de vinilo con canciones infantiles francesas y, al ponerlo, me vino a la cabeza una imagen de mi madre.

Me las sabía todas. Canté «Frère Jacques» en francés, no en noruego, e intuí el significado del texto de «Au clair de la lune» y de «Ah, vous dirais-je maman». Aquella lengua agitada me resultaba sencilla y me di cuenta de que de pequeño debía de hablar francés. Mi madre cantaba conmigo y nuestras voces habían llenado la casa. Mi lengua materna era el francés.

En la escuela media me dieron a elegir entre alemán y francés. Fue la primera vez que tuve la sensación de tener que elegir entre mis padres y el abuelo, y lo cierto es que nunca le conté que escogí el francés. El idioma de mi madre renació en mí tan deprisa que la profesora creía que le tomaba el pelo.

Más tarde encontré otros vestigios suyos en una enorme caja de cartón en el desván. Un neceser con maquillaje, una maquinilla de afeitarse, un reloj de pulsera... El modo en que estaban apiladas las cosas indicaba que el proceso de recogerlas había sido doloroso.

En el fondo de la caja había un libro, *L'Étranger* de Albert Camus. Fui retrocediendo en sus páginas, estudiando las frases e imaginándome cómo lo leería mi madre. Luego sentí un sobresalto, seguido de una expectativa, como cuando vez un pez saltar a lo lejos y sabes que no puedes atraparlo. En la primera página en blanco, con bolígrafo azul, ponía: *Thérèse Maurel, Reims*. Debía de ser una amiga de mi madre. En algún momento, las manos de dos chicas debieron de sostener aquel libro, prácticamente al mismo tiempo. Por fin dejé de ser la única prueba de la existencia de mi madre.

(pp. 33-34)

Compré un mapa y me senté con él en el coche. Shetland parecía una botella hecha añicos. Islotes y escollos se extendían como muescas a lo largo de la costa.

El párroco había captado dos topónimos: Unst y Scalloway. La isla situada más al norte del archipiélago y un pequeño pueblo cercano a Lerwick. Mientras planeaba la ruta del viaje, me di cuenta de que había hablado inglés en serio por primera vez en mi vida. *A map for Shetland, please. Yes. Thank you.* Había sido fácil. Cada triunfo, un triunfo sobre Hanne y sobre el abuelo. «¿No te pierdas?» Es cierto que en su día me saltaba las clases de inglés, pero también que tenía otros maestros. Quienes me enseñaron inglés fueron Joe Strummer y Shane MacGowan, un estéreo Pioneer plateado y los textos de las fundas de los LP. Al menos aprendí lo suficiente como para comprar un mapa.

Sin embargo, tenía la sensación de que en Shetland me habría resultado más útil saber noruego antiguo. El mapa estaba repleto de nombres de otra época, que traían a la mente expediciones vikingas, caminos de caballos y senderos. «Bahía» se decía *wick*, en noruego *vik*. Los escollos se llamaban *skerries*, en noruego *skjær*, y los *Swarta Skerries* eran los escollos negros, *svart skjær* en noruego, mientras que *Out Skerries* o *Haaf Skerries* quedaban reservados para los escollos que se adentraban más en el mar.

Pero el método tenía su precio, sobre todo para alguien que estaba buscando. En el mapa, el topónimo Hamnavoe aparecía una docena de veces, Sandwick aún más, y los islotes se llamaban Inner Holm o bien Outer Holm, a no ser que se llamasen Linga.

Se diría que en Unst el noruego se había mantenido intacto. Bratta. Hamar. Little Hamar. Framigord eran las granjas más cercanas al camino, *framgårdar* en noruego. Taing of Noustigarth era una lengua de tierra que se adentraba en el mar a la altura de la granja del norte, *tange på Nordigard* en noruego.

- ¿Qué te gusta, Edward? – preguntó cuando la mesa estuvo preparada.

- No sé – dije, riéndome por lo bajo.

Constantemente tenía que mirarle la cara para recordarme que teníamos la misma edad y que, en el fondo, la chica tenía un aspecto bastante normal.

- ¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

- Es la primera vez que estoy en un restaurante.

- *Say what?*

- Al menos en uno como este, solo he ido a cafés y a un fish & chips en Brae, el fish & chips más al norte de Gran Bretaña.

- Este sitio no es un restaurante – dijo -. Es más bien una sala de espera.

En ese momento llegó el restaurante, un hombre estilizado y con el pelo peinado hacia atrás. Miré el menú algo aturdido, pero Gwen cerró el suyo de golpe.

- Para mí solo un *korma* de gambas, por favor. Pero *the gentleman here* quiere, de primero, sopa *mulligatawny* y, de segundo, pollo *rajastan* y cordero *pasanda*. Además queremos dos panes *peshwari naan*, acompañados de *sag bhajee* y *dal tadka*. Dos *pakoras* para compartir. Ah, y pan *papadum*, por supuesto, con unos buenos *chutneys*. Para él cerveza sin alcohol, que conduce. Irá necesitando más a medida que se la beba porque tiene sed. Para mí una copa de vino tinto, ¿tiene algún buen Barolo? Además necesitaremos un cenicerito. ¿De acuerdo? Bien.

(pp. 202-203)